

cida a términos matemáticos. Como decía Goethe: "uno puede comprar la dote de la novia, pero no el amor".

Una vez examinados críticamente el expediente, la biografía científica del candidato y su "experiencia docente", son recomendables determinados ejercicios. El primero debe ser un ejercicio oral, eliminatorio y riguroso, en que se pueda revelar el saber general del aspirante. De mucha importancia puede ser igualmente uno o varios ejercicios escritos, sin consulta de libros, y dándole a los aspirantes 10 ó 12 horas para redactar los temas. En éste se aprecia la nitidez de las ideas, las opiniones personales, la metodología, la propiedad del lenguaje científico. Un mismo tema debe ser desarrollado por todos los candidatos, a fin de poder comparar los trabajos. En un concurso a la agregación de Filosofía, hecho en la Universidad de París, en 1933, se seleccionó como tema: "La muerte y los problemas filosóficos que envuelve". Cada concursante trató el tema desde un punto de vista distinto: unos los basaron en consideraciones biológicas, otros en un criterio dialéctico, otros en un plan místico, otros abusaron del criterio histórico. Pero en cada uno se pudo advertir la profundidad y la plenitud de las reflexiones. En la segunda composición escrita apareció este tema: "Examinar, por medio de ejemplos precisos, cómo y hasta qué punto el filósofo puede utilizar el estudio de las teorías y de los métodos científicos". Un tercer tema escrito trataba de "El alma según Descartes". Estos ejercicios se encaminan a apreciar cualidades muy diversas: la definición precisa de los conceptos, el ordenamiento nítido de las ideas, la acentuación de lo esencial. Los temas escritos tienden a compensar el factor emocional propio de los ejercicios orales.

Otra prueba muy efectiva consiste en que el candidato dé una clase, no con 24 horas de preparación, sino con 10 ó 15 minutos. Nadie se está—en la práctica—24 horas preparando una clase. La presentación de un "programa-libro" y su defensa oral constituyen otro ejercicio de mucho valor. Las argumentaciones hechas obligatoriamente por los miembros del jurado, eliminarían a miembros incapaces de enjuiciar los trabajos desarrollados por los aspirantes. Las objeciones y polémicas entre los mismos candidatos limpiarían mucho el terreno. Y si todo lo actuado se tomase taquigráficamente y se publicase junto con un informe razonado del jurado, como se hace en Francia, sujeto a la crítica pública científica, se podrá asegurar a un profesorado universitario de la mayor selectividad.

(De "C. E. U."—Cuba).

## La Lección de Pavlov

- Parábola del Joven Impetuoso

Por GREGORIO MARAÑÓN

EL joven impetuoso y yo trabajábamos en silencio, cuando por el arroyo, que a veces se hace río, pasó la gente gritando la pasión de aquella hora. El joven, al oír los vivas y los mueras se quitó la

blusa, apartó sus libros y sus instrumentos y me dijo: "Con esta pasión de la política no se puede trabajar". Y entonces yo le he recordado la historia de Pavlov. De Rusia llegan sin cesar palabras e ideas, rojas y ardientes como llamas. Ahora nos viene esta luz blanca, como la que cayó sobre la cabeza de los Apóstoles.

Han hablado muchos cronistas de Pavlov y han comentado, cada cual según su cuerda, ya su actitud antisoviética, ya la generosa tolerancia con que, a pesar de sus ideas, le trató el Soviet. Pero nadie ha dicho lo ejemplar de su vida, que es esto otro.

Pavlov era, en efecto, un sabio ruso y universal. No era bolchevique y fue, sin embargo, respetado no sólo por los primeros Gobiernos del terror, sino, con más motivo, por los que después iniciaron las formas legales del comunismo. No se puede negar el mérito que supone el que la furia iconoclasta y bárbara de las primeras horas de la revolución se detuviera ante este enemigo por su puro valor intelectual. Pero lo más extraordinario es que Pavlov, siendo, por ser sabio, antirrevolucionario o, por lo menos, enemigo de las revoluciones cruentas; siendo para él lo que ocurría en su patria una tremenda catástrofe sentimental, no se le ocurrió huir, ni maldecir del Gobierno, que es siempre la patria, ni dejar un solo día de realizar su labor. Cuenta Russell que uno de los primeros días de la trágica revuelta, cuando en cada calle había una barricada y en cada esquina un incendio, su ayudante llegó diez minutos más tarde al laboratorio. Le regañó el maestro y le pidió que explicase su retraso. El joven, aún erizado, le contestó: "Petrogrado está ardiendo, las calles están llenas de cadáveres". A lo que Pavlov, sin dejar su quehacer, repuso: "Eso no tiene que ver con la Fisiología. Mañana venga a la hora en punto".

Pavlov, pues, no se quitó la blusa ni menos pensó en huir de su patria, porque estaba sufriendo una revolución. Si había peligros para los ciudadanos, había que sufrirlos como todos los demás. Y como la creación está por encima de la Historia; como lo eterno, para el hombre justo, está siempre por encima de lo accidental, por terrible que sea, no interrumpió sus experimentos, con los que, en silencio, continuaba, a despecho de la revolución, la historia de la Rusia eterna.

Si, es cierto que Pavlov era contrario al régimen soviético. Pero jamás habló en contra de él. Las cartas que escribía a sus amigos de todo el mundo—yo guardo varias como un tesoro—estaban escritas con imperturbable serenidad. En sus libros, sólo una vez, una sola, hace alusión a los sucesos revolucionarios; una vez que dice: "Este resultado es dudoso, porque aquellos días, con la revolución, los perros estaban mal alimentados". Y nada más. Obtuvo permiso para ir a los Congresos internacionales. En la intimidad de las sobremesas, los sabios de otros países esperaban su opinión sobre Rusia y le tiraban de la lengua. Allí no había peligro, nadie sabría lo que iba a decir. Pero jamás habló mal de su patria, porque el régimen comunista, que no compartía, era "su patria" en el extranjero.

Pocos días antes de morir, los jóvenes rusos

le pidieron un artículo para su revista, "La Generación de los Vencedores". Este artículo es el último que su pluma escribió. Ya sabía que iba a morir muy pronto, y su mirada serena estaba más serena que nunca. El artículo es su verdadero testamento. Está escrito para los jóvenes rusos; pero, en verdad, para los jóvenes de todo el mundo; porque en todo el mundo, en forma aguda o en forma tórpida, late el mismo dolor social y los mismos anhelos de una vida nueva que quiere superar a la antigua.

"¿Qué es lo que puedo desear—se pregunta—para la juventud de mi patria? Que seáis tenaces. Tenacidad, tenacidad, tenacidad; severidad inagotable en el afán de saber. No queráis, aunque vuestra juventud os impulse a ello, escalar las cumbres de la verdad sin estudiar antes paciente-mente sus cimientos. Acostumbraos a la templanza, a la paciencia. Los hechos humildes, no lucidos, son la base para avanzar sin tropiezos. La imaginación, la hipótesis, de nada os valdrá. El ala del pájaro es perfecta, pero necesita el apoyo del aire. Vuestro espíritu está provisto de alas maravillosas; pero para elevaros necesitáis el punto de apoyo, que son los hechos, pequeños, menudos, pero exactos.

"Mas no os contentéis con recoger los hechos. La inteligencia de un hombre no debe ser un archivo. Hay que interpretarlos; hay que buscar sus leyes que rigen esos hechos. Aquí es donde está la suprema verdad.

"Y después sed modestos. La juventud es petulante. Dominaos para no serlo. No creáis nunca que sabéis nada. Tened siempre el valor—fecundo—de reconocerlo. Huid del orgullo como de una peste mortal.

"Finalmente, tened pasión, estudiad con pasión; quered la verdad con infinita pasión. La verdad exige la vida entera del hombre. Si tuvieseis dos vidas, tampoco os bastarían. Suplid la limitación humana con esta virtud, esencialmente juvenil. Trabajad con pasión".

Este es el testamento de Pavlov, escrito para los jóvenes rusos, pero para que lo oigan todos: los que no son rusos y también los que no son jóvenes. Lo que él no quiso comentar es lo que ahora quieren comentarle los cronistas. El nunca se quitó la blusa blanca, y ahora, después de muerto, se la quieren quitar para ver si debajo había una camiseta roja o azul. Y esto, los que a fuerza de hablar no trabajan; los que ponen a su patria, que es infinita, los límites de su ideario político y de su comodidad personal; los que cuando ven a la madre que sufre se van a casa a hacer aspavientos en la del vecino y creen que luego tendrán el mismo derecho a la paz que los que se quedaron y sufrieron.

A poco se acababa la vida mortal de Pavlov. Pero, claro es, Pavlov no murió. Morirá todo en la Rusia de ahora menos él. Cuando hoy preguntamos a un hombre cualquiera quién era el rey o el general o el agitador de Grecia cuando pensaba Platón no nos sabe responder. Aquella Grecia era Platón. Los mismos españoles, en una gran mayoría, ignoran quién mandaba cuando Cervantes—ya en nuestra edad—escribió el "Quijote". Aquella España era Cervantes. Dentro de

poco, la Rusia de ahora será Pavlov y los que como él ni se rebelaron, ni se asustaron, ni dejaron de crear.

El joven impetuoso e inteligente ha vuelto a ponerse la blusa; pero antes de reanudar la tarea me ha dicho: "Está bien; pero usted no ha pensado siempre así". Y yo le he contestado: "Esa es mi leyenda, y la respeto como si fuera mi historia. Porque es la que me da la autoridad. "No creas—dice un proverbio oriental—en la castidad que te predica el eunuco. Sólo el que es capaz de errar, el que erró alguna vez, puede enseñar con eficacia el camino recto. Si yo oí a su tiempo la voz de Pavlov, puedo deciros a vosotros que la oigáis también, con la certeza de que no me equivoco".

En esto, el griterío de la calle se fue alejando. Y, ya en silencio, nos pusimos de nuevo a trabajar.

(De "Ahora".—Madrid).

## La Universidad de México se dispone a resolver los problemas fundamentales de su cultura

*De la revista "Urbe", que redactada en idioma español ha comenzado a publicarse en San Francisco, Cal., y que ostenta en sus páginas valiosas firmas de Hispanoamérica, recogemos el siguiente artículo, espléndido de comprensión hacia la labor que en pro de un México, de honda vida cultural y cívica, está realizando nuestra Universidad Nacional Autónoma.*

Por encima de las vicisitudes de su política y de sus trastornos interiores, está la formación espiritual de los pueblos. Aquellos pasan, dejando apenas una leve huella fugitiva, y lo que queda de su violencia es lo que entrañan de impulso creador. El movimiento revolucionario mexicano no ha sido caprichoso ni estéril, como han supuesto a veces la ignorancia y la malignidad ajenos. México se ha hecho, se ha esculpido a sí mismo, como un escultor atormentado y tenaz, y ahora está surgiendo entre los escombros de las pasadas revoluciones, con toda la pujanza de una nación que tiene conciencia de su fuerza y de su destino.

Nada ha escapado al torbellino de la honda, larga y fecunda epopeya mexicana. La Universidad, arrollada por las sacudidas del momento, ha pagado también su tributo a la fértil inquietud nacional, dejando muchas veces en el camino los galardones de su alta ejecutoria. La Universidad no debe descender, rebajándose, hasta el arroyo. La Universidad es un organismo de cultura superior, y la de México ha vuelto al fin por los fueros del espíritu. Lo que en México había de entrañable y duradero se está encauzando por los senderos de la verdadera democracia y del verdadero civismo. No de los que vociferan en la calle y alteran todos los valores, sino de los que construyen y elevan.